

pre-texto 56



Dende a Programación Expandida do TRCDanza 2019 e con motivo da presentación de “Los limones, la nieve y todo lo demás” de Mónica García e Ana Vallés o vindeiro 31 de outubro no Teatro Rosalía de Castro de A Coruña, convidamos á crítica especializada en artes escénicas e directora do desaparecido Festival ALT Lola Correa á elaboración deste Pre-Texto.

Lola Correa é actriz, docente de interpretación e escritura creativa da Universidade Nacional de Educación a Distancia e crítica especializada en artes escénicas. Foi a directora artística do Festival de Artes Escénicas ALT. que se celebraba anualmente na cidade de Vigo entre os anos 2002 e 2017; un festival cunha forte pegada no territorio pola viva aposta polas artes escénicas máis innovadoras.

Lola Correa sobre Matarile Teatro.

MATARILE Y LA JODIDA ILÓGICA CULTURAL

Antes de nada, os animo a que descuarticemos la ilógica cultural, nos armemos de valor y llamemos a las cosas por su nombre, dejemos de defender lo indefendible, de barnizar con pátinas demagógicas el corroído discurso que ametralla la sensibilidad y la innovación, tengamos la fuerza necesaria para no acomodarnos en el “mejor algo que nada”. No aplaudais, ni leais lo que viene a continuación si no queréis cambiar el formato cultural que nos está adormeciendo, volviéndonos imbéciles, ovejas de un rebaño sin pensamiento, ni dolor, ni formas tales, ni experiencias insumisas. Ese formato cultural que quiere comprar duros a cuatro pesetas. ¡No bwana!

Intentar descubrir a Matarile a estas alturas debería ser una falacia por mi parte, porque se supone y presupone que quienes estáis ahí, leyendo esto, deberíais conocer a Matarile sobradamente y yo no tendría que explicar quiénes son, ni los acontecimientos que los rodean.

Pero por si hay algún rezagado/a en la materia diré que es una de las compañías emblemáticas de los últimos treinta años en la cultura teatral-innovadora-gallega ¡Vaya trío de ases! Así es, porque no siempre el teatro es innovador, ni la danza, ni siquiera la performance. Porque no siempre la cultura es cultura. Porque casi nunca se reconoce a quienes apuestan por ella con el esfuerzo y la tenacidad con la que lo hace Matarile.

Además de su valentía como compañía también tuvieron el valor de mantener una sala de teatro y danza contemporánea en Compostela: la Galán, y de dirigir, en la misma ciudad, un festival: “En pé de pedra”, con los que *desasnaron* las mentes anquilosadas de más de uno y de una. Ese fue un gran logro, aunque ambos proyectos quedarán finalmente tapiados bajo las piedras compostelanas esta vez, eso sí, sin posibilidad de emerger. Tal vez lo hagan al cabo del tiempo, como suele ocurrir en un país donde siempre se venera lo que ya no existe.

Matarile, pasa a lo largo de su trayectoria por dos etapas y, como en las mejores series televisivas, la segunda parte consiguió sorprendernos más aún, para deleite de los y las que los seguimos en ambas.

La primera época matarilera, que va desde sus inicios allá por los años ochenta, hasta los dos mil y pico, es una suerte de búsqueda intensiva de la esencia teatral. En esa recherche aparece la fiesta escénica como material perturbador, arrogante y placentero. Los inicios, y también los medios, descubrieron a una compañía que indagaba en las nuevas formas y formatos para contar y acontecer sobre la escena, rodeándose siempre de personas afines y, por qué no decirlo, de las mejores para semejante aventura.

Después de una veintena de espectáculos...

La ruptura ocurre en el año 2009 cuando con “Cerrado por aburrimiento” deciden alejarse del mundanal ruido teatral y tomarse un merecido descanso que no dejaba muy claro que tuviera vuelta de hoja. Tomar aliento, respirar y ver los pros y contras de la continuidad desde la barrera, forma también parte de su trabajo, por lo que podemos considerar ese descanso como un espectáculo en la sombra ya que generó la necesidad, durante tres años, de que volvieran.

El propio título era, en sí mismo, una declaración de intenciones, aquel “Cerrado por aburrimiento” daba en las narices de quienes seguían sin apostar por ellos, por ellas y por nosotras que los queríamos tanto.

Recuerdo de “Cerrado por aburrimiento” especialmente una luz de Patiño, una luz en forma de barrido, que sobrevolaba desde la escena hasta los espectadores, que semejava una lágrima gigantesca y que sobrecogía los ánimos. Fue una despedida casi obscena porque daba al traste con la diplomacia y entraba de lleno en las tripas.

Después se hizo el silencio hasta que, en 2013, deciden volver. Supongo que una mañana el gato Panchito maulló desesperado y Ana y Baltasar pusieron fin a su exilio.

Las dos partes de la vida escénica de Matarile están atravesadas en canal por la siempre presente melancolía teatral, aunque en un caso y en el otro, trinchada de distinta forma.

En la primera, el escenario era la fiesta, la ilusión, el derroche de energía que da la esperanza de presuponer que estás haciendo algo importante al servicio de la cultura, como así era. Las propuestas, danzaban sobre la delgada línea de la exhibición, la muestra del trabajo ante el público, de hacer vivir al espectador/a desde el lugar del asiento sin dejar que nada se asentara o se diera por hecho.

En la segunda etapa, Matarile se acerca con descarado atrevimiento a los espectadores y abre la platea y el escenario para que la intensidad del *hic et nunc* cobre fuerza, así la proximidad y el recogimiento hacia el respetable es tal que ambos, compañía y público, parecen estar estrechamente abrazados. Es el momento de compartir lo que está ocurriendo y aún en ese ensemble directo y preciso sigue apareciendo la ternura como *modus operandi*.

“Staying Alive” marca la vuelta y con ella la idea de no abandonar, aunque sí de seguir poniendo el dedo en la llaga.

La voz de Ana Vallés, presente en sus textos, en su puesta en escena, en sus movimientos y en los de los y las artistas que la rodean, intenta retroalimentar la vivencia teatral.

El lado más salvaje de su dramaturgia aparece en trabajos sencillos como “Teatro Invisible” donde quiebra la voz y el cuerpo en un exhausto poema sobre el mundo teatral. En el relato de experiencias y no experiencias habidas y por haber. O en “Antes de la metralla” donde la verdad matarilesca fluye desde todos lados, a través de los elementos tomados en razón de igualdad y no de superioridad, de hecho las gradas bajan en cada espectáculo, graduando como una lente la mirada del público para así llegar a formar un igual entre actuantes y actuados.

“El cuello de la jirafa”, “Circo de pulgas” o la maravillosa “Hombres bisagra” desmontan por fin la creencia de que nunca segundas partes fueron buenas y vuelven a plantar en su sitio a la compañía, por si alguien dudaba de que su

puesto estaba ya ocupado por imitadores.

La vida cultural más cercana, la del día a día, la que nos rodea y merodea por ahí, la que no nos afecta a algunas porque no existe, esa misma que desafía cada vez más a los artistas contemporáneos, ha dado la espalda a compañías que, como Matarile, han querido ir por el camino menos conservador.

Si se trata de conservar algo no hay duda de que lo hacen perfectamente los aliados del poder a los que no se les quita ni un renglón de sus ruines arcas exentas de discurso, de innovación o de evolución. En cambio, a la cultura que nos rodea, no le tiembla la mano en descuartizar a las compañías que apuestan por derivas más modernas y experimentales.

Así, los festivales de filosofía contemporánea han ido desapareciendo del mapa escénico, afectado por una extraña plaga anti-afectos, anti-sensibilidad y anti-innovación.

La caída en picado de salas y festivales alternativos (y digo bien porque son la alternativa a “lo de siempre”) pues el desmoronamiento de estas y aquellos han afectado de manera rotunda a la creación avanzada (de avance) porque era casi el único reducto que quedaba para ver y disfrutar del noble arte de “molestar martilleando conciencias”, dejando que la incomodidad se apoderara del arte para pulir esquemas viciados y hacer pensar. Como dijo Bertold Brecht: “*El arte no es un espejo para reflejar la realidad, sino un martillo para darle forma*”.

En manos de técnicos sin miramientos, ahora mismo, bien avanzado el siglo XXI, las artes escénicas no convencionales se tambalean sin que haya una voz de los que se sientan en los despachos, que clame justicia por ellas. Y no sólo eso, también críticos teatrales de pluma renombrada intentan desmontar el discurso alternativo con otro que ponga en entredicho la necesidad evolutiva de las artes escénicas. Nadie ha sugerido siquiera que no deba existir o coexistir el teatro de actor y texto con el alternativo, como nadie duda que puedan convivir en los museos cuadros de Velázquez y Rembrandt con otros de Basquiat, Picasso o Juan Gris.

Matarile no es profeta en su tierra, de eso no hay duda, salvo en escasas ocasiones es imposible verles por Galicia tanto como quisiéramos. Fuera sí, aquí no. Esta es una retahíla tan trillada que apenas mueve el ordenado papeleo en los despachos de los y las que cortan el bacalao, ajenos

pre-texto 56

al avance y más pendientes de una corriente de opinión endogámica y retrógrada que de otra cosa. Está todo tan asumido y tan en calma que da vértigo.

Matarile volvió y aun así, pocos fueron los que siguieron apostando en Galicia por ellos: el festival ALT. de Vigo se propuso, en esta segunda etapa, no perderlos de vista y así, la ciudad olívica pudo disfrutar de sus estrenos hasta el año de su cierre en 2017. También el festival Fito de Ourense ha sabido reconocerles apostando por sus estrenos y... poco más.

Salas como Ensalle o Ártika en Vigo abren sus puertas en tal reconocimiento. Sin embargo, salir de Galicia sigue siendo, a día de hoy, la alternativa más viable para su continuidad. Espacios como Matadero (Madrid), Alhóndiga (Bilbao), TAC (Valladolid) y muchos otros han dado su apoyo, sin miramientos, a la compañía gallega.

En sus dos últimas producciones Matarile no se viene abajo, muy al contrario, sigue desafiante, como el capitán del barco ante la tempestad.

En “La nieve, los limones y todo lo demás” y en “Daimon y la jodida lógica” Ana Vallés sigue cuestionándose la vuelta, la continuidad, los hechos y los deshechos. Siempre con calidez y elegancia, siempre rodeada de la mejor materia prima: su propia sensibilidad, la luz de Patiño y el trabajo de todos los artistas que les acompañan, un elenco brillante sean dos o nueve personas en escena. Todos y todas parecen haber nacido para estar ahí, justo ahí, revolviendo conciencias.

El declive cultural, bien estudiado por los poderosos, afecta al arte sensible y a la renovación toda y deja campar a sus anchas a los que apenas tienen nada que decir, porque de eso se trata, de no decir nada: “No vaya a ser que la gente piense”.

Matarile es el ejemplo del coraje, la fuerza incorrupta de los artistas jodidos por la ilógica del mundo cultural que nos rodea en forma de círculo vicioso. Matarile molesta a quienes no quieren teatro raro (como lo llama irónicamente Balta), de ese que no se entiende (?). ¡Malditas entendederas!

Ojalá resistáis y si no, cuando Panchito maúlle, escuchadle. Os necesitamos.

pre-texto número 56, publicado o 28 de outubro de 2019.

Este texto foi escrito por Lola Correa para o Proxecto de Programación Expandida do TRCDanza 2019 para a liña de publicacións denominada “PreTextos” na que un profesional é convidado a poñer en contexto a obra dun determinado artista convidado ao programa TRCDanza, programa estable de danza do Teatro Rosalía de Castro de A Coruña.